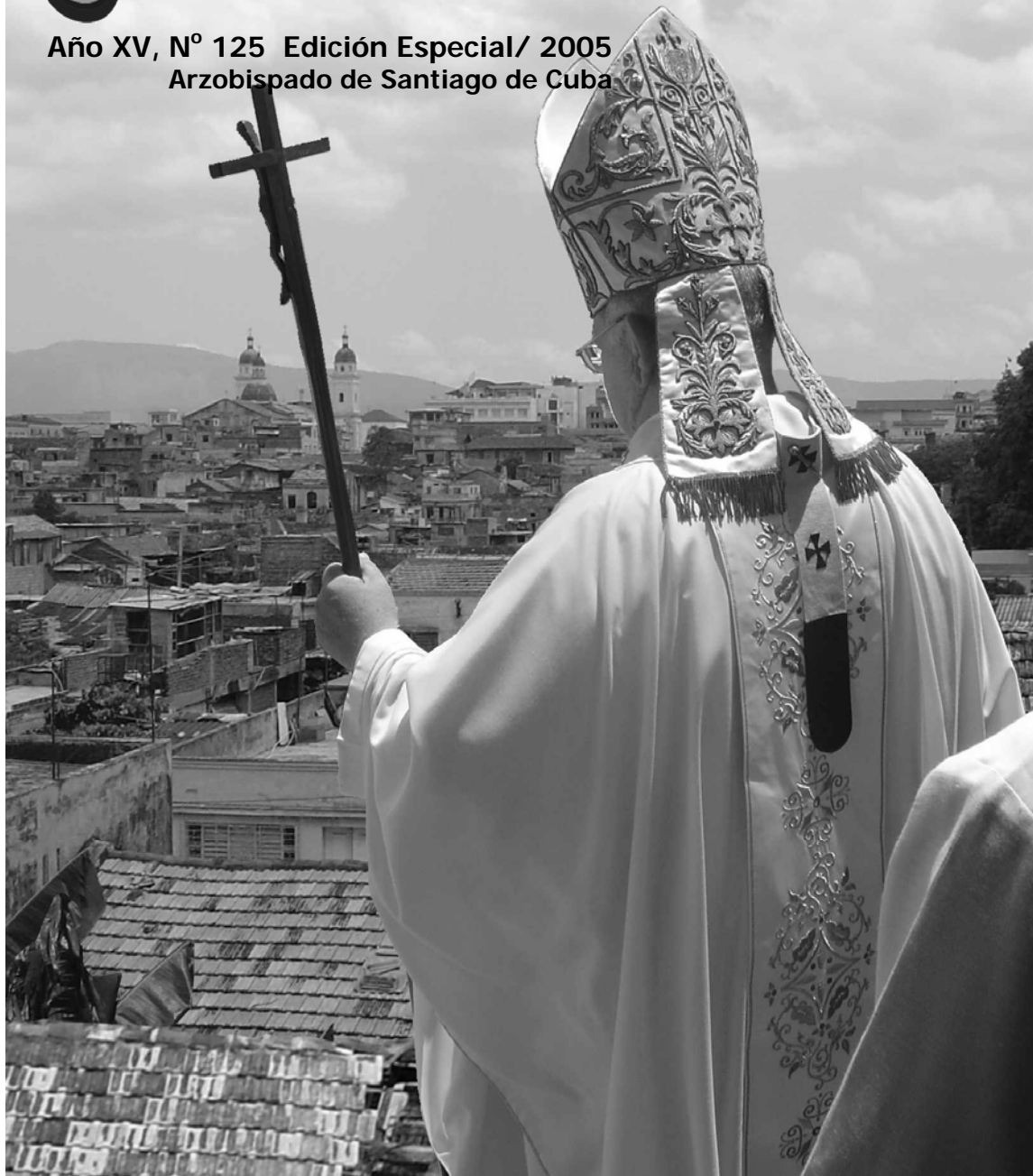


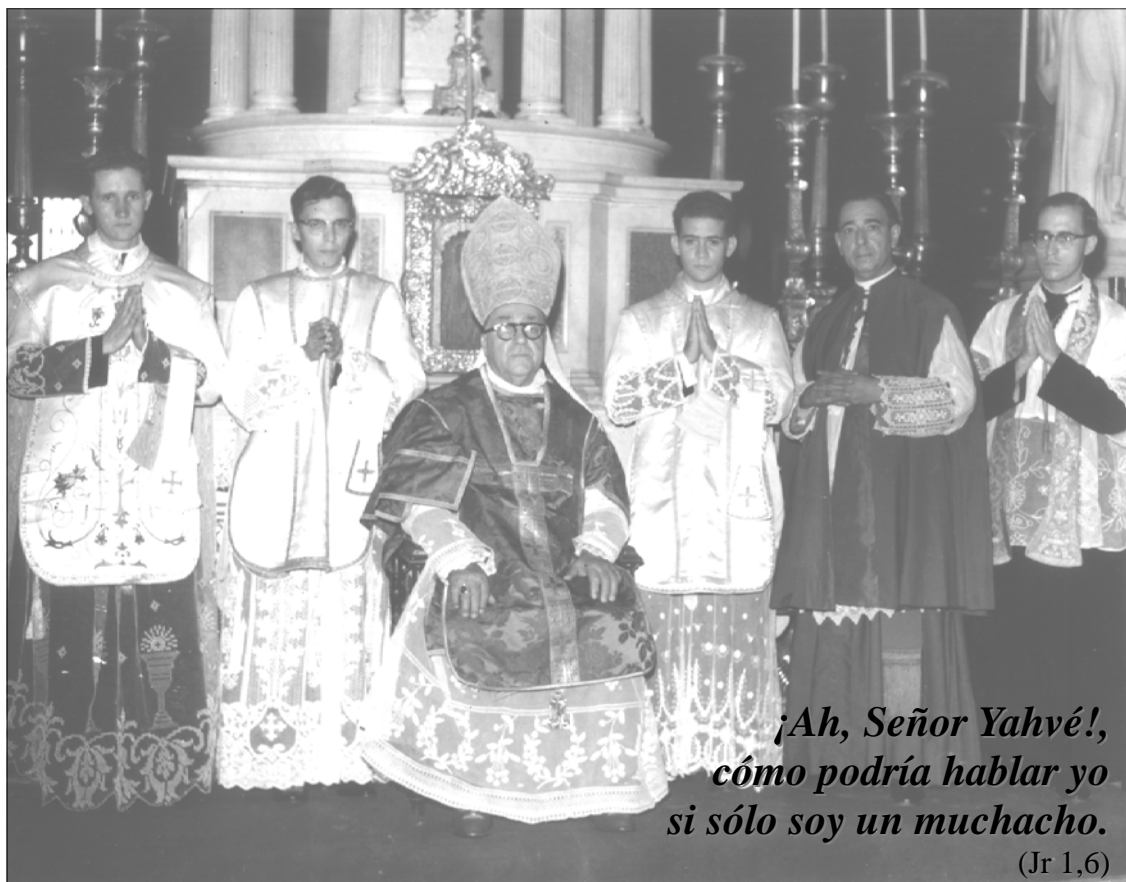
# Iglesia en Marcha

Año XV, N° 125 Edición Especial/ 2005  
Arzobispado de Santiago de Cuba



**necesito tus manos. para seguir bendiciendo.  
necesito tus labios. para seguir hablando.  
necesito tu cuerpo. para seguir sufriendo.  
necesito tu corazón. para seguir amando.  
Te necesito para seguir salvando a los hombres mis hermanos.**

M. Quoir



*¡Ah, Señor Yahvé!,  
cómo podría hablar yo  
si sólo soy un muchacho.*

(Jr 1,6)

**Iglesia en Marcha** Boletín Bimestral de la Arquidiócesis de Santiago de Cuba, miembro de la UCLAP-Cuba. **Dirección y Redacción:** Mons. Pedro Meurice, María A. Navarrete, María C. Campistrous, Mercedes Ferrera, María C. López. **Colaboradores:** Equipo Diocesano de Pastoral Juvenil **Fotografía:** Mercedes Ferrera, Pedro P. Amador, Alexis Fernández **Suscripciones:** Víctor A. Padrón Rodés, Arzobispado de Santiago de Cuba.

**Diseño e Impresión:** Calixto Alexis Fernández - Medios de Comunicación Santiago.

*Los trabajos presentados en el Boletín no reflejan necesariamente el criterio del Consejo de Redacción.*



**Al venerable Hermano  
PEDRO CLARO MEURICE ESTÍU  
Arzobispo de Santiago de Cuba**

Una sincera voluntad y pensamiento de afecto nos motivan, Venerable Hermano, en este tiempo de especial alegría, a unirnos gustosamente contigo y con tu pueblo que, aclamando y aplaudiendo, te rodeará para mostrarte sus sentimientos de gozo y gratitud con motivo de tu jubileo, pues próximamente, a saber, el veintiséis del mes de junio, se cumplirá el quincuagésimo año de haber recibido tu ordenación sacerdotal.

También Nosotros, queriendo hacer presente nuestra voz en esta tu solemnidad, por medio de estas Letras, deseamos acompañarte con nuestras felicitaciones y augurios, al mismo tiempo que aprovechamos la ocasión para recorrer con el corazón algunos de los principales momentos de tu acción pastoral.

Una vez concluida la carrera eclesiástica, te trasladaste a Roma donde, en la Pontificia Universidad Gregoriana fuiste dotado con la licenciatura en Derecho Canónico. Y en el año mil novecientos cincuenta y cinco, llegó el feliz día en el que fuiste investido con el sagrado orden del presbiterado.

Al regresar a la patria, desempeñaste el oficio de párroco, canciller de la Curia Arquidiocesana, atendiendo además, la Comisión Diocesana de Acción Católica.

En el año mil novecientos sesenta y siete, según el sapientísimo designio de Dios, nuestro Predecesor, Pablo VI, de feliz memoria, te elevó al grado y a la dignidad episcopal y te concedió la dignidad de Auxiliar, para la Arquidiócesis de Santiago de Cuba. Al siguiente año, al ocurrir el deceso del Arzobispo, fuiste nombrado como Administrador Apostólico "sede vacante" de esa misma iglesia y finalmente, en el año mil novecientos setenta asumiste su gobierno con pleno derecho.

---

Con agrado conmemoramos tu ministerio, que has desempeñado con ferviente dedicación: En efecto, has enseñado con la sana doctrina a esta grey del Señor; cultivando, al mismo tiempo una óptima relación con el clero, con los hermanos de vida consagrada y con los laicos.

Reconocemos asimismo la obra llevada a cabo ante las autoridades públicas con el fin de salvaguardar los derechos de la Iglesia.

Todas estas cosas son suficientes para que veneres al Señor Bondadosísimo con las debidas alabanzas y fervientes acciones de gracias. Mientras tanto, te acompañamos como si estuviéramos presentes, rogándole al mismo Señor que te proteja con su auxilio y continúe restableciendo tu salud, y a tu vez, de este jubileo tuyo percibas nuevos incentivos y renovadas fuerzas, y también lledes adelante las obras iniciadas, de las cuales sin duda provendrán muchísimos frutos en provecho espiritual tuyo y de tu grey.

Finalmente, deseando participar de algún modo en estas Solemnidades que en tu honor se celebrarán, como testimonio de los dones celestiales y de nuestra predilección, concedemos complacidos nuestra Bendición Apostólica, a ti, en primer lugar, Venerable Hermano, e igualmente al clero y a toda tu grey.

Dado en el Vaticano, el día 27 del mes de mayo del año 2005, primero de Nuestro Pontificado.



Benedictus PP XVI

**BENEDICTUS PP XVI**

---

# **Homilía de R.P. Rafael Ángel López Silvero en la celebración de los Cincuenta Años de Vida Sacerdotal de Mons. Pedro Meurice Estú**

**25 de junio del 2005, S.B.M.I. Catedral**

## **Hermanos y hermanas**

Hace menos de un año un joven seminarista me pidió que predicara en su primera misa, el aprecio y la amistad me llevó a aceptar, pero como le decía en la predicación, con temor y temblor. Hoy, el aprecio y la amistad hacia Mons. Meurice me llevan a la misma situación, aunque esta vez con mayor temor y temblor, porque son sus primeros cincuenta años de vida sacerdotal.

Celebramos en estos cincuenta años, toda una vida consagrada al Señor en el servicio a los demás. Toda una vida llena de experiencias alegres y tristes, de sueños realizados y de sueños por realizar; de éxitos y fracasos, quizás sólo conocidos por quien los ha vivido. Intentar penetrar esa realidad que el guarda en su corazón sería una impertinencia de mi parte, sólo Dios con su amor de Padre, puede penetrar el corazón del hombre sin lastimar su intimidad, sin violentar lo que se guarda dentro como un tesoro o como una carga, que sólo en Él se puede descansar, y sólo a Él se puede agradecer.

Por otro lado, hacer el elogio merecido me está expresamente prohibido, amén de que sería hasta cierto punto innecesario, pues todos los que estamos aquí conocemos su



trayectoria en estos cincuenta años de vida sacerdotal en tiempos realmente difíciles. Espero que algún día alguien que no tema disgustarlo lo haga, pues no podemos dejar que nuestra historia se diluya en la nada y él es parte indisoluble de nuestra historia, más aún de nuestra mejor historia, aunque pueda parecerle que no. Parte de nuestra mejor historia, como también lo fue alguien a quien no podemos dejar de recordar y agradecer en esta celebración, Mons. Enrique Pérez Serantes, arzobispo de esta Arquidiócesis por casi veinte años, pastor bueno y fiel que está ya a la derecha de su Señor, quien lo ordenó sacerdote, lo consagró obispo y a quien lo unían lazos más fuertes que los de un sacerdote con su obispo. No temería decir que los de un hijo con su padre.

Un pueblo no puede darse el lujo de perder su memoria, de olvidarse de su historias y de quienes la forjaron con entrega y desinterés, inmunes a los elogios y sin temor a las incomprendiones, pues junto con ella pierde su capacidad de discernimiento, su lucidez y siempre su libertad. Entonces, ¿qué hacer?, me he preguntado durante largos días, y la única respuesta que he encontrado es hablarle, osadía de mi parte, y hablarle desde lo que podrían significar para mi cincuenta años de vida sacerdotal.

---

No hace mucho, alguien con gran experiencia me decía que para predicar sobre un presbítero eran suficientes diez minutos, que para predicar sobre un obispo quince, pero que para predicar sobre un arzobispo no podían ser menos de veinte. La verdad es, que no sé si mi reflexión dará para una predicación arzobispal, a lo mejor me falta el aliento. Por eso, Monseñor, de ante mano le pido que me disculpe si el aliento sólo me alcanza para una predicación presbiteral.

El Evangelio que hemos escuchado nos narra como los apóstoles, ya casi en al recta final de la vida de su Maestro, se preocupaban de quien se sentaría a su derecha o a su izquierda en el Reino, que imaginaban como todos los reinos de poder y privilegios. Tres años de vida cotidiana con el Señor, no habían sido suficientes para comprender que su Reino no es de este mundo. Tendrán que pasar por la experiencia de la pasión, la muerte y la resurrección; tendrá que llegar Pentecostés, con su viento recio y sus llamas de fuego para que comenzaran a comprender que para participar de su Reino, tendrían que ser capaces de beber de su mismo cáliz, que para ser importantes hay que convertirse en servidor, que para ser el primero no hay otro camino que ser esclavo de todos. Porque el Hijo del Hombre no ha venido *a ser servido sino servir y a dar la vida en rescate por todos*. Los apóstoles eran hombres sencillos, comunes y corrientes como cualquier hijo de vecino, trabajadores que ganaban cada día con su sudor lo necesario para vivir. A ellos los escogió el Señor, los llamó a seguirle, los sacó de en medio de su pueblo para que fueran sus amigos, y confiarles la misión de anunciar la buena noticia; ellos, cierto es, lo dejaron todo y lo siguieron. Los escogió porque quiso sin mérito alguno de su parte, les escogió con sus virtudes pero también con sus defectos, defectos con los que tendrían que luchar a lo largo de su vida, su Gracia habría de bastarles y les bastó para

llegado el momento cargar con su cruz cada día, negarse a sí mismos y seguirle.

Cuando uno como sacerdote se mira por dentro y por fuera, descubre que su historia es muy parecida a la de los apóstoles. El Señor nos escogió, nos llamó porque quiso, sin mérito alguno de nuestra parte; nos sacó de en medio de nuestro pueblo, de nuestra historia personal, familiar y social; con nuestras virtudes y nuestros defectos con los que también tendremos que luchar a lo largo de nuestra vida, armados sólo con su Gracia. Nos confió la misión de anunciar su Reino, participando de su mismo cáliz, siendo servidores y esclavos de todos, si queremos tener un lugar a su lado aunque no sea a su derecha o a su izquierda. Y nosotros, cierto es, dejándolo todo, lo seguimos.

Y esto nos hace sentirnos a veces, como dice la canción, satisfechos y suficientes. Satisfechos y suficientes, porque respondimos a la llamada del Señor; porque dejándolo todo lo seguimos; porque nos parece que no somos como los otros: pecadores, adúlteros, ladrones; y llegamos a creer que es por méritos propios. Es el momento en que podemos llegar a pensar que la derecha o la izquierda sería el lugar adecuado para ocupar. Los golpes de la vida nos enfrentan, queramos o no, a nuestra realidad de pobreza y fragilidad personal, recordándonos las palabras de Pablo: *este tesoro lo llevamos en vasijas de barro*. El tesoro es al Gracia de Dios que se derrama a raudales; *la vasija de barro* somos nosotros, quienes tenemos andar con mucho cuidado para que no se quiebre y la Gracia de Dios no nos abandone.

Cuando miramos hacia atrás y contemplamos la historia de nuestra vida, nos damos cuenta de cuántas personas, con tantas virtudes y capacidades, con tanta santidad de vida no han sido llamadas para ser sacerdotes; sí para ser buenos padres de fa-

milia que tanto necesitamos; buenos compañeros de trabajo, buenos miembros de nuestras comunidades cristianas; testigos del Señor con su vida y con sus obras. Pero no para ser sacerdotes, y entonces, no podemos menos que preguntarnos por qué a mí, y la única respuesta que se me ocurre es la de San Pablo, para que todos vean que una fuerza tan extraordinaria procede de Dios y no de nosotros, para que todos vean con más claridad quién es el que obra, quién es el que hace posible que nuestro pobre trabajo fructifique, quién es el que nos sostiene cuando nos sentimos cansados, y peor aún, cuando nos asalta la duda de si escogimos el camino que Dios quería para nosotros, si lo que hacemos tiene algún sentido, si no sería mejor sentarnos al borde del camino y dejarlo todo a un lado.



Es el Señor, sumo y eterno Sacerdote, único Sacerdote, quien hace posible que sigamos adelante, que nos levantemos y sigamos la senda que un día emprendimos desechando todas las dudas porque Él nos escogió, no para ser sus siervos, sino sus amigos, con todo lo que ser Amigo implica de confianza, compromiso, presencia. Él confía en nosotros más que nosotros mismos.

Cincuenta años de vida sacerdotal es para el hombre un largo camino que no se recorre por casualidad, que sólo se ha podido recorrer si se ha experimentado esa presencia constante del Señor en nuestra vida, en lo cotidiano, en lo pequeño, en la palabra oportuna para consolar al que está triste, para acompañar al que está enfermo, para acoger al que llega cargado con sus pecados y le parece que ya no hay posibilidad de comenzar de nuevo; para celebrar los sacramentos como el primer día. Para convertirse sin



---

afán de protagonismos, pero con la concurrencia clara de que somos miembros de un pueblo de profetas, en la voz de los que no tienen voz, en padre y pastor de todos sin distinción de credos, razas o ideologías; para llorar con los que lloran y reír con los que reír. Para amonestar a los que se apartan del buen camino, pero con un corazón que nunca pierde la ternura, como el Buen Pastor que sale a buscar a la oveja perdida y cuando la encuentra la carga sobre sus hombros; como el del Padre que hace una fiesta cuando el hijo pródigo regresa al hogar.

Cincuenta años de vida sacerdotal, sólo se pueden recorrer, cuando la oración ha sido el alimento cotidiano, cuando ese encuentro en que se habla de amistad con Aquel que sé que ama, se ha convertido en algo indispensable como el agua, la luz del sol, como la sonrisa de los seres queridos. Cuando descubrimos que la oración es la puerta que Dios nos ha dejado abierta para encontrarnos con Él en cualquier momento, en cualquier lugar, en cualquier circunstancia; la que hace posible que el yugo sea llevadero y la carga ligera; el momento en que podemos descansar en el corazón de Dios todo lo que nos agobia, y presentarnos como somos, desnudos como el día que vinimos a este mundo, sabiendo que Él nos tomará en sus brazos como el hijo en el regazo de su madre, pues aunque la madre se olvide de su hijo, Él nunca se olvida de nosotros, nunca se escandaliza de nuestros pecados, siempre perdona y nos toma de la mano para conducirnos de nuevo al redil. Cuando comprendemos que la oración es la manifestación del amor de Dios, que no sólo nos escucha sino que nos responde nos habla, nos aconseja, nos ilumina, nos tira de las orejas. El lugar en que se nos presenta como el Padre, el Hermano, la mano siempre tendida.

A los cincuenta años de vida sacerdotal se llega, cuando la propia vida del sacerdote

ha sido una constante Acción de Gracias. Acción de Gracias por lo que se ha recibido, pero también por lo que se ha quedado en el camino. Acción de Gracias porque ha sido llamado sin méritos propios, y ha visto la acción de Dios a través de él en medio del pueblo que le ha sido confiado; porque se ha experimentado pobre y pequeño, para como decía San Juan Bautista *Él crezca y yo disminuya*. Acción de Gracias por los que le han facilitado el camino y por los que han puesto obstáculos en él y así lo han ayudado a tomar su cruz, a negarse a sí mismo y a seguir adelante en pos de Aquel que dijo que *el discípulo no es mayor que su Maestro*. Acción de Gracias por los amigos y por los que se han creído sus enemigos, porque el sacerdote nunca es enemigo de nadie sino amigo de todos, es el que hace presente ese Amor de Dios que se da y se recibe porque se da. Acción de Gracias porque cincuenta años de sacerdocio no es el fin del camino sino al contrario, el comienzo de una nueva etapa con más experiencia, con más humildad, con más entrega generosa, porque ya sabe que el que pierde su vida la encontrará.

Como decía nuestro querido y recordado Juan Pablo II, el Señor no se bajó de la cruz y por tanto nosotros no tenemos licencia para hacerlo; pues desde la cruz de los años, de la enfermedad, del dolor se sigue evangelizando, ya no sólo con la palabra, sino con la propia vida entregada por todos hasta que el Señor nos reciba en el lugar que nos tiene preparado y oigamos esas consoladoras palabras *vengan a mí benditos de mi Padre*.

En este día de Acción de Gracias, a la que nos unimos todos: sus hermanos obispos, los sacerdotes, religiosos y religiosas, los laicos de nuestras comunidades, sus familiares y amigos, lo encomendamos Monseñor a nuestra Madre y Patrona la Virgen de la Caridad del Cobre. Ella ha sido una presencia constante y fiel en la vida de nuestro pueblo; desde las montañas de El Cobre nos ha acompañado a lo largo de nuestra historia,





ha estado junto a nosotros en los momentos alegres y tristes. También ha sido, lo sabemos, una presencia constante y fiel en su historia personal, a Ella ha acudido en cada instante de su vida, a Ella ha encomendado su labor como sacerdote y obispo, basta mirar su escudo episcopal. Que Ella lo siga acompañando y sosteniendo cada día, y lo lleve de la mano junto a su Hijo Jesucristo, ayudándole a conformarse cada vez más con Él en la entrega alegre y confiada a la voluntad del Padre.

Lo encomendamos en estas sus Bodas de Oro sacerdotales que celebra

en el Año de la Misión y la Eucaristía. Eucaristía y Misión conforman la vida del sacerdote y le dan su sentido pleno; la celebración de la Eucaristía nos da la fuerza para llevar adelante la Misión, que es hacer presente en el día a día, con el testimonio de la propia vida, a Jesucristo, Muerto y Resucitado en medio de nuestro pueblo y en cualquier circunstancia, como Ud. lo ha hecho y lo seguirá haciendo.

Hoy con el autor sagrado podemos decir: *El Señor ha estado grande con nosotros y estamos alegres*. Alegres por sus cincuenta años de vida sacerdotal, por sus cincuenta años de vida sacerdotal vividos entre nosotros, con nosotros, por nosotros. Vividos en su pueblo, con su pueblo, por su pueblo; este pueblo que confiado en sus pastores ha mantenido encendida la llama de la fe en el corazón de la Patria, esta Patria que queremos, como quería nuestro Apóstol, *con todos y para el bien de todos*.

Nuestra Acción de Gracias también se eleva al Señor por el querido Mons. Peña, obispo de la hermana diócesis de Holguín, por la que ha trabajado sin descanso, en la que se ha gastado y desgastado evangelizando a tiempo y a destiempo durante cincuenta años, desde que era un joven sacerdote lleno de ilusiones que nunca ha perdido, y que lo ha llevado a tener los brazos y el corazón abiertos para todos aquellos que a él han acudido. Para usted Mons. Peña, nuestro abrazo, nuestro cariño, nuestra oración.



No deseo terminar sin pedir una gracia especial, en la cual creo que coincidiremos todos, y es que el Señor que llama a quien quiere y cuando quiere siga llamando en medio de nuestro pueblo jóvenes generosos dispuestos, como Mons. Meurice y Mons. Peña, ***te seguiré a donde quiera que vayas***. Que así el Señor se los conceda y nos lo conceda.

# Si alguno quiere ser mi discípulo ...

Meses atrás le había pedido a Mons. Meurice, que nos diera la posibilidad de conversar para Iglesia en Marcha de su camino vocacional, de su vida. Su primera respuesta fue **no, que no había nada nuevo que decir...** pero le entregué las preguntas. Los días de la celebración de sus primeros cincuenta años de vida sacerdotal, serían propicios para que finalmente dijera **sí, ya no pensando en él sino en los jóvenes que hoy, que aquí y ahora el Señor está llamando a la vida sacerdotal, llamada al servicio a Dios en cada hombre y mujer, niño o anciano, llamada insistente al Amor.**

El día de la entrevista les confieso que subí las escaleras del Arzobispado, cosa que hago desde que era una niña, con cierto temor... Luego el Padre lo hizo todo sencillo y diáfano, cercana conversación con cada uno de ustedes sus hijos queridos.

**El primer llamado que Dios hace a cada ser humano, la primera vez en que nos escoge y dice ¡Sígueme!, es ese instante misteriosamente bello en que somos llamados a la vida en el seno y calor de una familia: madre, padre, hermanos... Mons. Pedro mirando un poquito hacia atrás ¿Qué más le marcó en estos primeros años, qué cree le preparó mejor entonces para afinar el oído a la escucha del Señor?**

**Antes de formarte en el seno de tu madre, ya te conocía, antes de que tu nacieras, yo te consagré, te destiné a ser profeta de las naciones.**  
**(Jr 1.5)**

Bien, es un lugar común ya decir que la familia es como el nido dónde uno se prepara para la vida, también desde el punto de vista de la fe, no sé de quién es la frase *la familia es la iglesia doméstica*, el lugar donde uno nace a la fe y allí se ponen los primeros cimientos. Realmente el lugar del padre y de la madre que es la familia nuclear, tienen una importancia fundamental. En el medio nuestro hay muchas familias católicas desde el primer momento que son como el ideal, para buscando atrás poder encontrar el origen de una vocación.

En mi caso yo diré, que mi familia era una familia cristiana. Mi madre era católica práctica, mi padre no, él era incluso masón; pero era un hombre cristiano, más confrontándolo con el Evangelio del domingo de hoy que nos dice que cristiano es quien hace la voluntad del Padre, aunque diga que no y después que sí. Yo conviví muy pocos años con mi padre porque murió siendo yo muy niño, pero conservo una imagen que yo creo que es fundamental, conservo la imagen de su cariño afectuoso y la imagen de su autoridad, el hombre que sabe llevar la autoridad del hogar y que eso lo mezcla también con el amor con el cariño; un hombre honesto y trabajador. Creo que esa es como la base.

La primera persona a la yo recuerdo haber visto rezar fue a mi madre. Ella tenía un librito de oraciones, con el que todas las tardes, justo después de haber terminado todas las cosas del hogar, después de haberlo preparado todo, ella se sentaba junto a una ventana que había en mi casa y rezaba con este librito. Ella fue también la que por primera vez me llevó al templo conscientemente, cuando recogía su velo, su rosario y su librito e iba a misa los do-

mingos, o cualquier otro día ya fuera por una misa por un familiar, personas conocidas o la novena de la Caridad.

Creo que es mezclando esas dos cosas. Porque la vocación es una palabra muy precisa, pero también muy amplia. Es decir, es la vocación a la vida, Dios nos llama a todos, y llama de distinta manera, no sólo a la vida sacerdotal o religiosa. Yo veo los caminos que escogieron mis hermanos, y no todos eran especialmente comprometidos en la fe, como ha resultado después al final ya mayores. Yo sentí, o al menos Dios preparó las condiciones para que yo de alguna manera hiciera ese camino.

***Un día, quizás por algún acontecimiento de nuestra vida, los cristianos que buscamos escuchar y seguir la voz que nos dice ¡Sígueme!, sentimos como que se va aclarando, o mejor, vamos sintoniando más nuestra vida hacia Aquel que nos invita, decimos ¡Sí!. ¿Cómo fue su primer paso en el camino hacia la vida sacerdotal?***

***Jesús los vio y les dijo: Siganme, que yo los haré pescadores de hombres. (Mr 1. 17)***

Ahí entra toda la iglesia, en el sentido de que es un cuerpo vivo donde cada cual cumple su parte, su misión en este terreno de las vocaciones. Por aquel tiempo existían, no sé si todavía existen, los directores o responsables de vocaciones en los distintos institutos religiosos y el seminario también lo tenía. Eran sacerdotes o religiosos, que hacían recorrido por las distintas parroquias para hablarles a los jóvenes y niños de la vida



sacerdotal o religiosa, y para presentar su propia vocación. Yo recuerdo que allí a mi pueblo fueron los hermanos Maristas. Yo era de una parroquia de paúles y también ellos nos hablaban del sacerdocio, ellos no tenían entonces seminario en Cuba, y quizás por eso no fui sacerdote Paúl. Pero bueno, entre esas visitas cada año al principio del verano, el rector del seminario enviaba una carta a los párrocos preguntando si había algún joven candidato que quisiera ir al seminario de El Cobre.

Un día llegó una carta como esa a San Luis y el párroco que me había visto hablar con alguno de estos visitantes promotores de vocaciones, me preguntó que si yo quería ir al seminario de El Cobre, le pregunté para qué, *para ser sacerdote*. En esos días coincidí que estaba de visita un joven que estaba estudiando en el seminario, que llegó hasta el tercer año de teología pero no llegó a ordenarse aunque sí ha permanecido fiel a su fe; hablando con él, él supo comunicarme la mística de lo que era ser seminarista y aspirar a ser sacerdote, el se llama Camilo. Coincidieron las dos cosas.

Es curioso, allí en el grupo de acólitos cuando conversábamos, nos decíamos yo no tú sí; y realmente entonces yo pensaba o creía que había un par de muchachos que lo hubieran hecho muchísimo mejor que yo, no sé si por quitarme de arriba la propia responsabilidad, uno de ellos se llamaba Alejandro. El caso es que cuando el párroco me llama y me dice el tiempo pasa y hay que tomar una decisión, yo hablé con mi mamá, le dije lo que pensaba y ella me dijo que sí, que ella no se oponía. Después se fue conversando con los demás miembros de la familia, con mis hermanos mayores y mis tíos, y todos estuvieron de acuerdo en que sería una posibilidad... El único

que tenía sus dudas era un señor, muy bueno, que entonces era el cocinero de la casa parroquial, no voy a decir su nombre, él me sacó un versito que decía: *Peruchín, Peruchín, quiere ser seminarista, pero él sabe muchas cosas, que no están en esa lista...* No sé, hay veces esas personas que lo están viendo a uno desde otra perspectiva; al final veremos si se equivocó o no se equivocó.

En los primeros momentos, realmente es muy difícil que una persona de la edad a la que yo fui al seminario, pueda tener una conciencia clara de que tiene un llamamiento personal para ser sacerdote. Yo digo a veces en broma y en serio, que yo cuando fui al seminario no sabía distinguir la mano derecha de la mano izquierda, y poco a poco me fui dando cuenta, gracias a los profesores del seminario, gracias a los propios compañeros seminaristas. A ellos les debo muchas cosas en este orden.

Cuando yo llego al seminario, los jóvenes como yo no íbamos a la capilla con los mayores, íbamos en distinto momento. La iniciación a la vida de oración fue distinta para nosotros los niños, pero a la larga lo lograron. Luego el seguimiento, la dirección espiritual, que si se hace cómo se debe hacer, dan fruto.

Yo diría, que la presencia de los seminaristas, su encuentro con los jóvenes y acóli-

tos, puede ser un medio por el que Dios se sirva para que el llamamiento sea escuchado de una manera más completa. Debo agradecer a los superiores, a los compañeros, a los amigos, que me ayudaron a hacer mi propio camino, hasta llegar a la juventud.

***El 26 de junio de 1955, recibía de manos de Mons. Enrique Pérez Serantes su ordenación presbiteral. Cincuenta años han transcurrido desde aquel día, en que escogiendo por lema la respuesta de Jeremías al Señor, pronunció el sí que comprometía definitivamente su vida.***

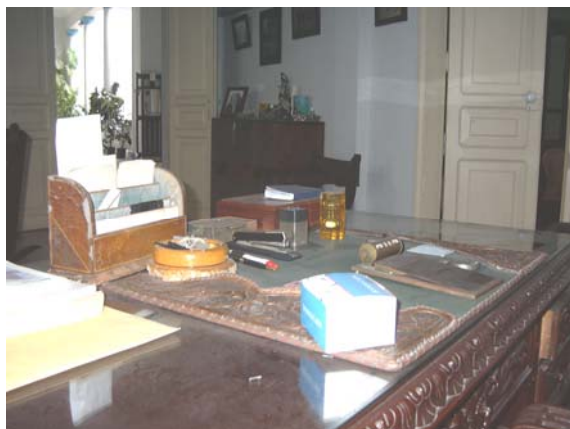
***¡Ah, Señor Yahvé!  
cómo podría  
hablar yo si sólo  
soy un muchacho.  
(Jr 1.6)***

***En medio de las celebraciones de estos días habrá desempolvado recuerdos que quizás quiera compartir con nosotros, sus vivencias, miedos, esperanzas de entonces...***

La verdad es que siempre he visto una gran desproporción entre lo que Dios ha puesto en mi vida, y mi respuesta. Yo no sé cómo Él se las ha arreglado para que yo llegara hasta estos cincuenta años. De una cosa estoy seguro, que es su Gracia y no sé cómo agradecerlo, de eso estoy totalmente seguro.

No siempre he ido respondiendo, en la medida que el Señor ha ido poniendo los elementos para mí. Creo que eso nos pasa a todos. En la vida hay seres que realmente son privilegiados, no lo digo porque sean santos, sino porque han tenido la Gracia de responder siempre y en todas las cosas. Yo he ido construyendo, haciendo mi vida como se hace un cuadro, donde no todo es luz sino que también hay sombras; y si no son sombras, al menos para mí, lo que está en la luz no contrasta, y no se puede interpretar bien.

Por una parte al ver y al conversar con tantas personas, ver tantos problemas que tiene la gente hoy por ejemplo; cuando uno mira para atrás se da cuenta de lo que ha vivido, los problemas, los sufrimientos...



Cuando miro para atrás, y miro hasta mi niñez, las bases y los fundamentos estaban bien puestos, y viví años muy felices, mientras más joven y más niño más feliz fui. He tenido problemas, esos que lo hacen sufrir a uno y lo ponen a prueba pero que sirven para uno ejercitarse y comprometerse más. He tenido experiencias muy dolorosas y muy tristes, y también experiencias de felicidad para dar gracias al Señor por las dos cosas.

***Corría el mes de julio del año 1967, y usted recibía la noticia de que SS Pablo VI, le nombraba obispo auxiliar de Mons. Pérez Serantes. El Señor volvía con su exigente ¡Sígueme!, que muchas vemos nos hace cuestionarnos ¿Por qué a mí?... Él siempre escoge, llama para dar fruto y para que el ese fruto permanezca. ¿Qué sintió entonces?***

La primera cosa que me salió de adentro fue decir **no**. Las personas solemos tener una expresión cuando llegan momentos de decisiones importantes, decimos, yo no estoy preparado para esto. La mi primera reacción mía, dentro de mí fue esta: yo no estoy preparado, yo no sirvo para esto. De hecho consulté con algunas personas, sacerdotes amigos, y ellos veían la cosa al revés, ellos decían tienes la formación y por lo que se ve en tu vida tienes los elementos para poder responder sí a la Gracia del Señor y con su Gracia seguir adelante. Cuando llegó el momento decisivo, la cosa fue muy simple. El Arzobispo, Mons. Pérez-Serantes me llamó y me dijo *Ponte de rodillas ahí*, me dio la bendición, y continuó *Vete a La Habana, habla con el Nuncio*, que era Mons. Zaqui entonces, *y dile sí a lo que te va a decir*. Yo me fui a La Habana, año 1967 y eran años muy difíciles, Mons. Zaqui me habló, me hizo la proposición de ser

***Irás a dónde  
yo te envíe  
y proclamarás  
todo lo que  
yo te mande.  
(Jr 1.7b)***

Auxiliar de Mons. Pérez Serantes y yo obedientemente dije Sí, fiándome más en las palabras de Mons. Pérez Serantes que en mí mismo, aunque yo tenía años y responsabilidad para hacerlo.

En mi ordenación presbiteral había escogido la frase del profeta Jeremías, pero ciertamente en mi ordenación episcopal, lo ratifiqué, lo viví con mayor intensidad.

Yo siempre digo, que a mí me prepararon durante todos los años de seminario, cuando fui a la universidad a estudiar Derecho Canónico; tuve muchas relaciones con sacerdotes sabios, prudentes, piadosos hombres de Dios, celosos por la gloria de Dios, amistad que también fue una preparación para comprometerse en un momento así. En última instancia, no era una preparación para ejercer el ministerio episcopal en un medio como el que estábamos viviendo entonces.

Dije sí, y he tratado de ser fiel a ese sí, en medio de mi debilidad.

Cuando celebraba los cincuenta años de mi ordenación sacerdotal, y lo veía así honestamente, dije que yo he sido un siervo inútil. Muchos me dijeron que eso era una frase, pero para mí no es una frase, es algo que aprendí de otras personas y que es una realidad.

***A los pies de María, nuestra Madre y Patrona, a los pies de Aquella que siempre invita a hacer lo que el Señor nos pide, el 9 de septiembre de 1967 tomaba posesión de la***

***Arquidiócesis de Santiago de Cuba, tras haber recibido su nombramiento como Arzobispo. Un nuevo camino, un nuevo ¡sígueme!...***

***No tengas miedo,  
porque yo estaré  
contigo para  
protegerte.  
(Jr 1.8)***

Hay un dicho que dice que para los secretarios no hay hombres grandes.

Uno está ahí, al lado de las personas de las que uno es secretario, y uno lo ve en sus virtudes y sus defectos. Yo tuve la gracia y la suerte de estar junto a

Mons. Pérez Serantes durante nueve años, al lado de él, conviviendo con él en esta misma casa, y yo honestamente digo que el estar junto a él me ayudó a ver la dimensión extraordinaria de este ser humano. Él fue un verdadero pastor y creo que no hay mejor escuela para uno que va a ser pastor, el convivir con alguien que lo es en toda la dimensión del ser pastor. Yo creo que para mí esa fue la mayor Gracia de Dios para comenzar mi vida de obispo y de arzobispo.

Es en torno a la figura de él, donde yo de alguna manera construir mi propio camino, de ver obrar la gracia de Dios. También había otros obispos en Cuba a los que he admirado siempre, algunos que tenía más cerca quizás por la edad como Mons. Adolfo Rodríguez Herrera, que descansa en la gloria de Dios. Por lo que yo había estudiado en la historia, hay figuras no sólo de Mons. Pérez Serantes... yo había conocido cuando yo era muy niño a Mons. Valentín Zubizarreta, otro hombre extraordinario. En la historia de nuestra Arquidiócesis ciertamente que hay muchos hombres de virtudes, de fe, de celo apostólico, que han contribuido a dar la imagen que tiene la Iglesia en Cuba hoy, en Santiago de Cuba. Ahí podía mirar para ir poco a poco construyendo, tratando de hacer; y ciertamente, ahí también veo la distancia que hay entre lo que ellos hicieron y lo que ellos fueron, y yo. He tratado de ser fiel a eso, he tratado de continuar llevando dentro de lo posible adelante las cosas en esa misma dimensión pero con una gran diferencia.

Es a partir de esas experiencias que puedo de alguna manera contrapesar en mi vida... Dios dirá al final cómo son las cosas.

***El palio arzobispal, que reciben todos los arzobispos según antigua tradición de la Iglesia... es símbolo precioso que remite y recuerda la misión del pastor que vela y cuida de sus ovejas. Quizás quiera compartir sus recuerdos de aquel momento con nosotros.***



Es sabido que una vez al año el Papa convoca a Roma a los que han sido nombrados Arzobispos para imponerles el palio arzobispal. Cuando a mí me convocaron yo no pude ir, y recibí entonces el palio por poder, es decir, otro lo recibió por mí y me lo trajo. Cuando yo pude ir a Roma en el año 1975, llevé conmigo el palio en el bolsillo y cuando entré a ver a el Papa Pablo VI, saque el palio y le dije, *mire yo lo recibí por poder y quisiera que personalmente me lo impusiera*. Me dijo, *póngase de rodillas*, me puso el palio, y

***En este momento  
pongo mis palabras  
en tu boca.  
En este día te  
encargo los pueblos  
y las naciones:  
arrancarás y derri-  
barás, perderás y des-  
truirás, edificarás y  
plantarás.  
(Jr 1. 9-10)***

cuando él estaba haciendo eso entró el secretario que vio lo que estaba ha-ciendo y abrió los ojos como diciendo eso no se puede hacer así. Él le dijo, *ya él es Arzobispo*.

***La vista de SS Juan Pablo II fue largamente deseada por toda la iglesia cubana. Nos pasamos años esperándola, y también preparando el***

**corazón para recibirle como mensajero de la Verdad y el Amor. A veces creo que nuestro Nuevo Milenio como Iglesia, comenzó en aquellos días de enero de 1998. En medio del júbilo, del alborozo del pueblo, el Señor le repetía ¡Sígueme! ¿Pudiera de manera sucinta resumir aquellos días, especialmente el recibir a SS Juan Pablo II en Santiago?**

Bien, me es posible resumirlo porque ciertamente esos días los viví con una intensidad especial, ya desde antes, desde que comenzamos a prepararnos en la diócesis y en Cuba para la visita del Papa.

Ante una persona que me reprochaba algunas cosas que dije aquel día de la misa en nuestra ciudad, la frase que yo le dije y que he repetido alguno vez, yo le dije, *yo creo que nací para ese día*, y si sólo hubiera nacido y vivido para ese día, para ver como el pueblo respondió, la presencia del Papa, la coronación de la Virgen allí en medio de todo el pueblo, toda la Gracia de Dios que se derramó sobre nosotros en esos días, confirma la frase yo creo que nací para este día y doy gracias a Dios por esto. Este puede ser el resumen de todo lo que en esos días viví.

No todos los pueblos tienen la suerte de contar con una de visión de conjunto teológico como lo tiene el pueblo cubano con la visita del Papa Juan Pablo II. En las homilias que él fue teniendo y en las entrevistas posteriores, él resume muy bien para la Iglesia en Cuba y para el pueblo cubano, el contenido fundamental del evangelio y de la fe. Nos invita a todos los cubanos a comprometernos en la fe, a comprometernos con Jesucristo, a ser responsables y saber dar razón de nuestra fe, a ser testigos de nuestra propia historia. Y eso el pueblo también lo percibió.



Todavía a estas alturas hay momentos en que en una celebración en alguna parroquia una recuerda aquellos momentos y la gente vibra como si lo estuviera viviendo.

Creo que fue para mí, una Gracia extraordinaria que la iglesia cubana ha recibido, y que efectivamente es como tú dices, el comienzo de una etapa nueva, de una vida nueva en la iglesia de Dios en Cuba.

***Monseñor, le hemos visto recibir y acompañar a miles de hombres y mujeres, que encontrando su puerta siempre abierta, han llegado para contarle sus angustias, sus dolores materiales y espirituales. Aquí le encuentran para consolarles y re-avivarles la esperanza. Y es que desde la cruz del dolor y el sufrimiento el Señor también llama, le ha llamado y le llama, le dice ¡Sígueme!...***

***Si alguno quiere seguirme, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga.  
(Mr 8, 34)***

Yo te decía antes que a mi prepararon en el seminario ni en la universidad para la vida de la iglesia como era en aquel entonces, pero ciertamente para una comunidad eclesial que hace la experiencia primero del encontronazo brusco con una sociedad marxista-leninista, y después poco a poco, a pesar de situaciones muy difíciles, a pesar de haber sido despojados de los medios fundamentales para la vida de la iglesia, no. El haber permanecido fieles en medio de la tempestad, y el tratar de permanecer fieles no sólo personalmente sino todos juntos, tratar de que todos

los hermanos en la fe tuvieran el alimento espiritual: la palabra de Dios, los sacramentos, la animación, en medio de todas las dificultades. Esa ha sido la labor fundamental, a pesar de lo que te dije.

En el Evangelio, Jesucristo nos dice que debemos cargar con nuestra propia cruz y seguirle, y la cruz en el evangelio tiene un sentido, un contenido de gracia, de fuerza de Dios especial, mucho más de lo que nosotros podemos imaginar. No hay que buscarla, la cruz viene sola; pero así como no hay que buscarla, no hay que rechazarla, sino aceptarla y ponerse a disposición de Dios porque es con la fuerza que Dios nos da, y no con nuestra propia fuerza, que podemos ir sobrellevando nuestra propia cruz.

Es verdad, la cruz ha sido vivida y compartida, y que el valor de ese sufrimiento ha sido la fuente de gracia de Dios para la iglesia en Cuba, para la iglesia en este Arzobispado de Santiago de Cuba, para poder dar testimonio de la fe recibida.

Y la cruz no es un árbol estéril, sino un árbol que da frutos, en la cruz florece la

vida. En la cruz florece la resurrección. La cruz es el anverso de la resurrección, la cruz es el anverso del resucitado y de la salvación para todos. Eso es fundamental en la vida de la iglesia, en la vida de todo cristiano, en la vida del sacerdote y desde luego en la vida del pastor. Quien no tiene eso presente...

***Para terminar Monseñor, y pensando en muchos jóvenes que hoy quizás sienten o dudan en responder a la llamada dulce y exigente del Señor: Déjalo todo y ¡Sígueme!...***

*No me digas que  
eres un muchacho.  
(Jr 1.7a)*

La vocación no está separada, o es distinta de la vida. El Señor llama, nos llama a todos y a cada cual por su propio camino; debemos ayudarnos unos a otros para cada cual ir llevando la propia cruz y la propia vida. Ciertamente es contrastante, hay momentos más fáciles y momentos más difíciles, y en esos momentos difíciles muchos jóvenes sienten temor de aceptar que el Señor de alguna manera les está haciendo. Cada cual sabe su propia experiencia, pero yo creo que vale la pena el cuestionarse si Él les está llamando o no, y en la medida de lo posible estar seguro de ello, y el criterio para saberlo lo da Él mismo en el evangelio cuando dice: *Miren la mies es mucha y los operarios son pocos (Mt. 9,37)*. No digan tarde que sí, sino respondan al Padre que está en los cielos que llama y está buscando obreros para su mies.

Yo creo que es necesario que los jóvenes sientan y vean esta necesidad, el verla les puede ayudar a sentir el llamamiento que Dios les está haciendo para la vida sacerdotal. Saber que uno es feliz en la medida en que toma conciencia de que está respondiendo, que está aportando su fuerza para la construcción del Reino.





---

# Yo nací para ese día

*Reflexiones compartidas por Mons. Pedro Meurice Estiú con En Comunion, suplemento de La Voz Católica -Arquidiócesis de Miami- a raíz de la muerte de S.S. Juan Pablo II.*

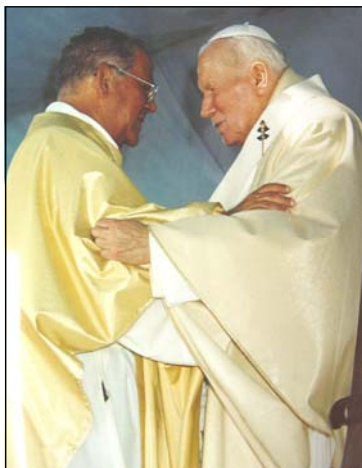
**Q**uisiera compartir con ustedes y reflexionar lo que para mí fueron las cuatro frases más importantes que nos dejó el Santo Padre durante su visita a Cuba. Son cuatro frases que se hilan entre sí.

**1) No tengan miedo:** Es una frase del Papa que la ha dicho en muchas otras partes. Esa expresión está en las Sagradas Escrituras. Es lo que Jesús les dice a sus discípulos: “No tengan miedo”. El ser humano por instinto es inseguro, como que no sabe lo que va hacer. Y Él dice la frase “no tengan miedo, crean en Dios crean también en mí”. Al llegar el Papa le estaba diciendo al pueblo cubano: No tengan miedo, yo sé la situación en la que ustedes viven. Yo sé lo que están pasando, porque mi pueblo también ha pasado por eso. “No tengan miedo” es poner su confianza en Dios y sigan adelante. Cumplan su misión, la misión que ustedes han recibido. Y sean testigos de Cristo. El miedo es lo que más daño ha hecho a Cuba, desde el comienzo de la confrontación. Muchos negaron su fe, llevando una doble vida. *No tengan miedo* es una invitación a mantenerse firmes en la propia identidad, en la propia fe; la gente, por miedo, hizo cosas que nunca hubiera hecho. Desde luego, la gente entendió perfectamente bien lo que el Papa quería decir.

**2) Abran el corazón a Cristo, al Redentor, como hacían sus testigos.** Esta es la frase del Papa: “Abran las puertas al Redentor”, y tiene como destinatario a todo el mundo. Cristo tiene su fuerza pro-

pia, la fuerza de Dios. La energía de Dios para la cosas de Dios. *Abran las puertas* quiere decir que, en las dificultades que ustedes tengan, pongan a Cristo, porque Él es el Hijo del Padre. Él es la revelación del Padre que ha venido a decirnos cómo hay que vivir, haciendo Su voluntad. Y el Papa nos quiere decir si ustedes los cubanos quieren llegar al final, no tengan miedo y abran la puerta de su corazón a Cristo. Como pueblo, cuando tengan a Cristo adentro, cuando dejen que Cristo entre ustedes como persona y como pueblo, entonces lo otro sale y como pueblo, entonces lo otro sale como una conclusión.

**3) Sean protagonistas de su propia historia.** No dejen que otro haga su historia. No renuncien a la responsabilidad de hacer su propia historia, de vivir su propia vida. La historia es las raíces de la persona, sin ellas no hay identidad. No hay por qué vivir. Recuperar su historia y vivir en consecuencia, vivir en su tiempo. El dogma **m a r x i s t a** **p r e t e n d e** **c o n o c e r** **y** **p r e v e r** **e l** **f i n** **d e** **l a** **h u m a n i d a d**, **q u e**



es a donde ellos quieren ir, y la única manera de oponerse a esto es buscar la propia historia, ser fiel a la propia historia que cada pueblo tiene y ser protagonista de ella. Sí, hay peligro de que le pongan nombres a uno cuando uno vive la responsabilidad de ser protagonista de su propia historia.

Cuba comienza a ser pueblo con el P. Agustín Caballero y el P. Félix Varela. Y empieza a haber una base que comienza a aglutinar al pueblo y a darle una razón para vivir y luchar. Luego vienen los otros. Se suman Martí, Maceo, Máximo Gómez. La historia de un pueblo comienza ahí, en hacerle descubrir a la gente, en darle una motivación que aúne las libertades y las voluntades, y la gente de un lugar determinado empieza a vivir por eso. Y en eso el Papa decía que la historia de Cuba se parecía a la historia de Polonia, en que siempre se necesitaba personajes cristianos que el pueblo cubano siguiera.

4) **La Virgen: el signo y el símbolo de la libertad en el pueblo cubano.** *La Virgen ha estado en la historia de Cuba desde hace siglos.* Esta frase del Papa es más bien como constatar una realidad. Recoger una experiencia y ponerle un nombre. Y los comunistas aceptan que la Virgen de la Caridad sea el símbolo, de la nacionalidad cubana, y es así. Ella estaba ahí antes de que fuéramos pueblo. Ella se aparece sin ángeles y sin anuncios "maravillosistas". Su veneración aparece primero entre los esclavos negros, en las minas de cobre. La devoción comienza ahí

y se va extendiendo muy lentamente. Primero en Santiago de Cuba, luego a Bayamo y Camagüey. Se esparce por los caminos que iban hacia La Habana y al centro de la Isla. Por un grupo de esclavos negros pobres que llegan a La Habana para reparaciones de edificios públicos, sobre todo en el Morro y La Cabaña, llega la devoción a la Virgen de la Caridad a La Habana.



Es una historia que sólo entienden los que de verdad la tienen en el corazón. Es signo y símbolo. Se calcula el santuario de La Caridad del Cobre es visitado por más de medio millón de personas anualmente, a pesar de la situación del transporte.

También quisiera compartir con ustedes cómo fueron acogidas las palabras pronunciadas en mi saludo al Papa durante la Misa en Santiago de Cuba. Todo el mundo sabe lo que yo dije, y la reacción del gobierno, que me discrimina: a mí no me tratan a los demás. Los templos de mi diócesis se están cayendo y no me dan las facilidades para repararlos. Pero no saben la reacción dentro de Iglesia, es decir, cómo fueron acogidas mis palabras en el Vaticano y por el Papa. No todos acogieron mis palabras de la misma manera. Me aplaudieron 18 veces. Algunos las consideraron imprudentes, pues podían traer conflictos. La prensa internacional decía que la visita del Papa a Cuba parecía insípida hasta este momento. Allí estaban la cabeza del catolicismo y el hombre que mantiene la antorcha del comunismo en el mundo entero: mis palabras podían haber producido un incidente. Aunque algunos dijeron que eso había

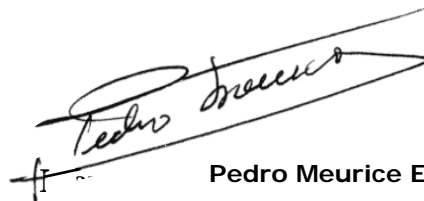
sido una imprudencia, al entrar en el avión, de regreso a La Habana, todos los 60 obispos que viajaban conmigo comenzaron a aplaudir. Había en total 120 obispos de visita en Cuba. Todo estaba ocupado. Yo tuve que ir hasta el final para encontrar un asiento. Cuando me senté, se puso en pie el cardenal Echeagaray, de Justicia y Paz y me dijo: "Usted no está solo y lo vamos a ayudar". A la mañana siguiente era la Misa en La Plaza de la Revolución, y fuimos muy temprano a la nunciatura para acompañar al Papa hasta la Plaza. Algunos de los obispos de la curia Vaticana pensaron que las palabras fueron imprudentes, pues podían haberle creado un conflicto al Santo Padre y así me lo dejaron saber. Otros dijeron que yo hablaba como pastor y que había dicho lo que tenía que decir, y en conciencia tenía que decirlo. Otro dijo, *tú tenías que haber contado conmigo antes* y, efectivamente, él tenía autoridad para ello. La única verdad que dijo Fidel es que ni el Papa ni nadie sabía lo que yo iba a decir. Sólo lo sabía el nuncio apostólico de aquel momento. Yo quería que alguien lo leyera para asegurarme que no era una barbaridad. Cuando lo leyó lo movió en su mano y dijo: "esto tiene mucho peso", y me pidió que cambiara una palabra, pues era un poco negativa. Cuando salió el Papa, vamos hacia él a saludarlo, y cuando yo voy a besarle la mano, él, con una cara sonriente, me dijo: "buenos días"; yo pensé: si a él no le hubiera gustado lo que dije, me lo hubiera dicho, porque que era así.

De ahí salimos para la Plaza de la Revolución. El Papa salió en su Papamóvil. Ya en la plaza me revestí, y al pasar por el Papamóvil vi al Papa rezando allí. El secretario del Papa me llama y me dice "El PAPA QUIERE que usted esté junto a él en la concelebración". Yo le contesto; *Monseñor, yo le agradezco infinitamente, pero los obispos, en una reunión preparando la*

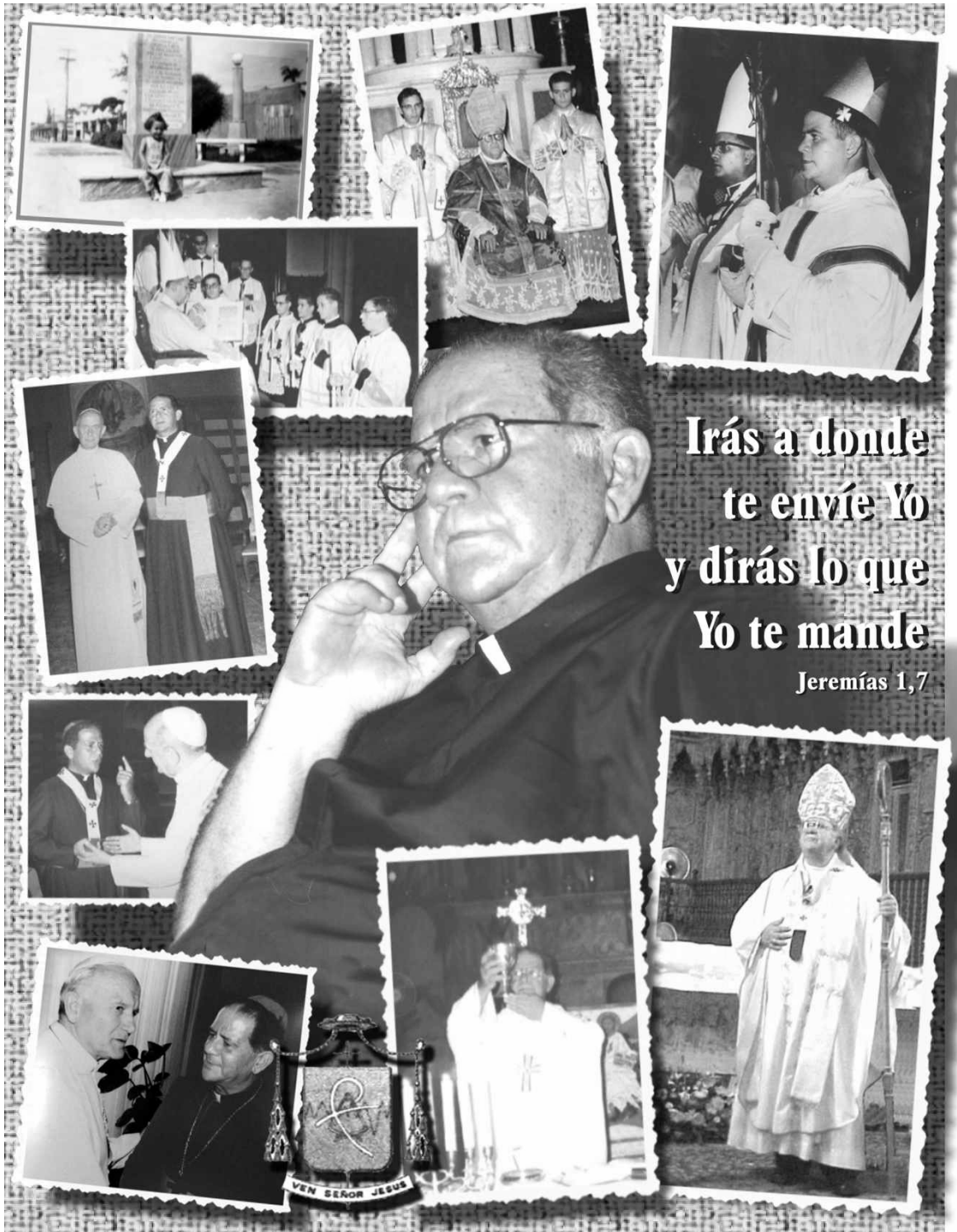
*visita del Papa, habíamos acordado que obispo estaría en cada una de las cuatro concelebraciones y a mí no me toca. Y me dijo otra vez: el Papa quiere que usted esté junto a él en esta concelebración".* Allí, en el altar, me tocó a mí decirle al secretario quién era quién en el gobierno, pues yo estaba junto a él. Con aquel gesto el Papa decía: este hombre que dijo eso ayer; YO LO APOYO.

Cuando fuimos a la visita *Ad Limina* en Roma, el Papa en vez de preguntarnos, comenzó a narrar lo que había sido su visita a Cuba y, al llegar a Santiago, dijo; "El arzobispo tuvo una homilía FUERTE, FUERTE". Yo me quedé preocupado al no entender qué quiso decir con aquellas palabras, y al irse a la capilla el Papa, le dije a su secretario que tenía algo por dentro que quería decirle al Papa, y él me contesta: "quédese aquí, que el Papa saldrá en unos minutos". Al salir el Papa de la capilla, me arrodillé y le besé la mano y le dije: "Santo Padre, usted dijo que el Arzobispo de Santiago de Cuba había dicho unas palabras fuertes, fuertes; yo quiero saber si dije algo malo o si mis palabras fueron del agrado de Su Santidad". El Papa, mientras me ponía la mano en la cabeza y me bendecía, respondió: TODO MUY BIEN, TODO MUY BIEN.

Tengo la convicción de que YO NACÍ PARA ESE DÍA; en mi diócesis, en mi ciudad, después de treinta y pico de años, decir la VERDAD del evangelio ante los responsables, el *Papa*, el pueblo y la Virgen de la Caridad. Si no hubiese hecho nada más en mi vida me sentiría feliz de lo que pasó ese día.



**Pedro Meurice Estiú**  
Arzobispo de Santiago de Cuba



**Irás a donde  
te envíe Yo  
y dirás lo que  
Yo te mande**

Jeremías 1,7

